

LA CARTA DE JUAN DE LA COSA (I)

Ricardo CEREZO MARTÍNEZ (*)

El punto de partida

Cuando hablamos de la geografía de los descubrimientos nos referimos a los aspectos físicos de la configuración de las tierras y de los mares, a una ciencia objetiva que en nuestros días no admite consideraciones figurativas, porque los medios y técnicas de medición permiten obtener una imagen exacta de la totalidad de la superficie del planeta Tierra, incluso de sus alteraciones. Pero en la antigüedad, en el estudio de la geografía la objetividad se conjugó con hipótesis no demostradas, de modo que la opinión de los poetas y la autoridad de los filósofos y geógrafos era, en gran parte, creadora de la imagen de partes ignotas —o poco conocidas— del mundo, tan válida como pudiera serlo el conocimiento real adquirido con nuevos descubrimientos.

Dejando atrás la ancestral idea del *ecumene* plano de los griegos y los países fabulosos de los confines de «su mundo habitado», todos ubicados en una gran isla rodeada por un océano, fijaremos la atención en las imágenes del mundo concebidas a finales del siglo xv, de una u otra forma fundamentados en el gran *ecumene* —casi un mapamundi— de la Escuela de Alejandría, que Ptolomeo describió y representó en su *Geographia* escrita en el siglo ii. Eran imágenes —o modelos— del orbe actualizadas con los descubrimientos realizados desde entonces, y si bien algunas de las ideas de este gran geógrafo habían dejado de ser vigentes, no pocos cosmógrafos procuraban compaginar las aún válidas, con teorías y composiciones geográficas figurativas de tierras vaticinadas en regiones inexploradas que se daban por conocidas. Las leyendas habían poblado el océano de islas que llegaron a adquirir identidad y figuraban en las cartas de marear y mapas: Antilia —o la isla de las Siete Ciudades—, Brasil —o isla de la felicidad—, isla de San Brandán, que aparecía aún en mapas del siglo xviii; la Fortunata, la de Vac-Vac y otras tantas que omitimos por no cansar al lector, son ejemplos que vienen rápidos a la memoria.

Basta ver las múltiples reposiciones del mapamundi de Ptolomeo editadas en Europa en el último cuarto del siglo xv, mostrando un océano Índico mediterráneo, cerrado entre Asia y África, con una península indostánica achataada, o los mapas de Toscanelli de 1457 —distinto del que envió al canónigo portugués Fernando Martins en 1474, del que una copia llegó a manos de Cristóbal Colón— y de Fra Mauro de 1459, o los de Henricus Martellus de 1490 y 1492 para darse cuenta de que los perfiles de las costas e islas asiáticas se trazaron en base a una importante dosis de imaginación. Tampoco faltó inventiva a Johannes Schöner cuando en 1515 construyó su irreal modelo geo-

(*) Ricardo Cerezo Martínez es capitán de navío e historiador naval.

gráfico de las Indias occidentales, cuando aún no habían sido reconocidas muchas de las costas que él trazó en su mapa, incluido el estrecho de Magallanes, descubierto cuatro años después.

Conforme con la concepción geográfica de Claudio Ptolomeo —que, de hecho, no es más que una crítica de los estudios geográficos de Marino de Tiro—, las islas Canarias, Europa, África y Asia hasta el Sinus Magnus —hoy mar de Adamán— cubrían 180° de la longitud geográfica de un hemisferio de la Tierra; el otro hemisferio ubicaba lo que restaba del continente asiático, Cathay, es decir China —Cipango no se citaba—, y el océano que separaba Asia de Europa, no representado, pues era aún un espacio ignoto en el siglo II. A la vista del océano Índico mediterráneo, cabe preguntarse si más que una hipótesis de los geógrafos de Alejandría no sería una caución disuasoria de las navegaciones atlánticas, inspirada en la antigua intención de mantener el secreto de las vías de comunicación oceánicas, conservado desde la época en que los egipcios realizaban su comercio marítimo, contratando marinos fenicios que traficaban con países de las riberas atlánticas de Europa y África. No es fácil aceptar que el sabio director de la fabulosa Biblioteca de Alejandría y los sabios de su escuela desconocieran la expedición fenicia ordenada por el faraón Neco —ca. del año 600 a. J. C.—, que partió del mar de Eritrea en dirección Sur, remontó el cabo meridional del continente negro, viendo entonces los nautas el Sol a la derecha, según relata Herodoto, y regresaron a Egipto por el Mediterráneo a través de las Columnas de Hércules.

En época mucho más reciente —en 1515—, un cosmógrafo portugués de la Casa de la India, Lopo Homem, autor de numerosas cartas de marear, compuso un mapamundi con el océano Atlántico cerrado por un larguísimo istmo que unía el cono sur de América con el sudese asiático, el mismo año que su compatriota Magallanes descubrió el estrecho que lleva su nombre. ¿Cabe atribuir este tremendo error geográfico de Homem a la imaginación creadora de geografía o a un engaño destinado a disuadir la búsqueda del paso marítimo en la región en que podía encontrarse?

En la Edad Media, la cartografía náutica, objetiva, desarrollada en el ámbito mediterráneo, corrigió los errores de la forma y extensión de este mar, alargado por Ptolomeo en un tercio más de su longitud real. Luego fueron las aportaciones de los navegantes genoveses, portugueses y españoles, que exploraron los mares próximos a las costas del Viejo Mundo los que abrieron la puerta al conocimiento sistemático del Océano. El descubrimiento de nuevas islas y las exploraciones de la costa occidental de África por los navegantes portugueses, condujeron a la corrección del modelo ptolemaico del mundo y extendieron el horizonte del conocimiento objetivo del Atlántico, ampliándolo por el sur de África hasta el área índica. En esta tarea fue fundamental la labor realizada por el grupo de cosmógrafos, cartógrafos y navegantes reunidos en Sagres por el infante Enrique el Navegante, aleccionado por el mallorquín Jafuda Cresques, bautizado Jaime Ribes —coautor con su padre Abraham Cresques, de célebre Atlas Catalán de 1375—, que hacia 1412 y años siguientes contribuyó con su ciencia cosmográfica y su técnica cartográfica

fica en el trazado de las primeras representaciones gráficas realistas de la geografía marítima del Océano.

Concebida la imagen de la esfera terrestre en los términos aquí expuestos, cuando se planteó el problema náutico de ir a Asia, a la India, navegando rumbo al Oeste, fue necesario representar gráficamente al Océano, cuyas aguas se habían de surcar. Quizá hubiera mapas antiguos que mostraran ese Océano de forma más o menos aproximada a la verdadera; pero a nuestros fines basta saber que Paolo dal Pozzo Toscanelli, Cristóbal Colón y Martín Behaim crearon sus propios modelos del mundo, contemplando en toda su extensión ese Océano, en base a las ideas geográficas de su época, aceptando opiniones doctas de sabios de la Antigüedad, relatos de viajeros, de navegantes y sentencias bíblicas, de cuya realidad no se dudaba, para fundamentar sus reflexiones, interpretar la geografía del mundo en general y la oceánica en particular, y dar solución al problema náutico de cruzarlo de Este a Oeste, determinando los rumbos y las distancias entre las islas y las riberas opuestas.

De estos modelos conocemos el mapa y el globo terráqueo construido entre 1487 y 1492 por Behaim. Ambos presentan un perfil del este asiático, inspirado en formas reales e imaginarias, cuales son la presencia de islas de existencia cierta y otras míticas, una península saliente en la costa de Cathay frente a la isla de Cipango —seguramente, Corea—, en la latitud de las islas Canarias, situada 90° al oeste del Viejo Mundo y unos 20° al este de Cathay. Para Behaim, entre las islas Canarias y el Sinus Magnus, mediaban 180°, como pensaba Ptolomeo.

De Toscanelli sabemos lo que escribió en su carta de 1474 al canónigo lisboeta Fernando Martins: desde Lisboa a la ciudad de Quinsay había 26 espacios de 250 millas, que era la tercera parte de la esfera terrestre, y desde la imaginaria isla de Antilia —de las Siete Ciudades— a la de Cipango diez espacios (1). Siendo Toscanelli un italiano del siglo XV, sus millas eran romanas y las leguas de cuatro millas, por tanto, Europa estaba separada de Asia por una distancia de 6.500 millas —1.625 leguas— y entre Cipango y Antilia —situada en la latitud de Lisboa— había 625 leguas (2). Estos datos no nos permiten saber la naturaleza cualitativa del modelo geográfico del Océano de Toscanelli, o sea, cuáles y cómo eran las islas oceánicas, ni el perfil de la costa de Asia, ni la disposición de la gran península del sudeste asiático, ni los archipiélagos ubicados en su entorno. Por eso prescindimos de las interpretaciones gráficas que de él hicieron algunos historiadores y preferimos guiarnos por el modelo original de Martín Behaim, que sirvió de pauta a quienes reconstruyeron el de Toscanelli.

Del modelo del mundo de Cristóbal Colón se sabe que existió por medio

(1) Consuelo Varela, en su *Cartas particulares a Colón y Relaciones coetáneas*, transcribe la carta de Toscanelli, págs. 129 y sig. Alianza Universidad. Madrid, 1984.

(2) Hernando Colón, en la *Historia del Almirante*, cap. VIII, calcula erróneamente las leguas que separan Cipango y Antilia. Basta dividir por cuatro las 2.500 millas que separan ambos lugares para obtener las 625 leguas que en realidad separan uno de otro, no las 225 leguas que él dice.

de los relatos de sus viajes, cartas, escritos y anotaciones —apostillas— marginales escritas en libros por él consultados; de su lectura se deduce que para Colón el mundo estaba constituido por un único Océano y un gran continente extendido desde las Canarias hasta Cathay, igual que los mundos de Ptolomeo, Toscanelli y Behaim, pero distinto a los de éstos en cuanto a las extensiones que ocupaban el Océano y las tierras de Europa, Asia y África.

Su hijo Hernando, en el capítulo XXI de la *Historia del Almirante*, escribió que su padre había dicho muchas veces a los pilotos y marineros que le acompañaron en el primer viaje, que no esperaba encontrar tierra hasta *que no hubiese caminado setecientos cincuenta leguas al occidente de Canaria*. No se sabe cómo ni cuándo adquirió Colón la certeza de encontrar tierras asiáticas a esa distancia de las islas Afortunadas (3); pero hay pruebas documentadas que la confirman, entre ellas la apostilla 23e anotada en el *Ymago Mundi*, de Pierre d'Ailly, uno de los libros leídos por el Almirante. Conforme con una sentencia del libro IV del profeta Esdras —realmente, el pseudo Esdras—, Colón escribió que seis partes de la tierra estaban pobladas y la séptima cubierta de agua. Ésta era para él una verdad incuestionable, de la que aún estaba convencido en 1503, al término de su cuarto viaje: *El mundo es poco; el enjuto de ello es seis partes, la séptima solamente cubierta de agua (...) digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y que un grado de la equinocial está 56 millas y dos tercios* (4). De acuerdo con esta idea, el Océano sólo cubría la séptima parte de los 360° de la circunferencia terrestre; es decir, unos 52° grados, que a razón de 56 2/3 millas por grado arrojan una cifra del orden de las 750 leguas.

Además de desproporcionada en el reparto de continentes y mares, la tierra emergida se asentaba, según Colón, en una esfera terrestre, empequeñecida por su idea de que la medida del grado de circunferencia terrestre era de 56 2/3 milla, extemporánea, ya que en los últimos años del siglo XIV era común asignar al grado de circunferencia terrestre equivalencias de 66 2/3 y de 70 millas romanas, un hecho que él no podía ignorar y debió hacerle más precavido. El módulo de relación entre el grado y la milla de Colón era el aceptado por el cosmógrafo Alfragano referido a la milla árabe, no a la milla romana —un 25% menor—, utilizada por todos los navegantes de cultura latina y por el mismo Colón; un error propio de lecturas dispersas y mal interpretadas. Las dimensiones del mundo que aceptaba Colón diferían, pues, sustancialmente, de los de Toscanelli y de Behaim, y en base a ellas trazó con su imaginación un mapamundi que mostró a los Reyes, cuando en la corte les

(3) No ignoramos que los partidarios del predescubrimiento tienen a su favor el supuesto testimonio del «prenauta» para justificar el conocimiento de esa distancia por parte de Colón, pero nosotros preferimos basarnos en pruebas objetivas y no aducir aquí razones que alguien pueda considerar dudosas.

(4) *Carta de Colón a los reyes escrita en Jamaica el 7 de julio de 1503*, transcrita por Martín Fernández de Navarrete, «Colección de los viajes», tomo I, pág. 420, Edición de Buenos Aires, 1945.

presentó para que dieran crédito a su teoría, según dice el cura de los Palacios en su *Historia de los Reyes Católicos*.

En el aspecto cualitativo, es decir en cuanto a los perfiles de las islas oceánicas —reales y míticas— y de la costa oriental de Asia, no hay razón para pensar que Colón no aceptara los que se tenían por válidos a finales del siglo xv, representados en el globo de Behaim. Colón y los cosmógrafos de su época sabían que a Poniente del Océano, en los mares próximos al Asia sudoriental, existían numerosas islas al norte y al sur de la línea equinoccial y que en el Hemisferio Norte se extendía el continente asiático, del que sobresalía una península en la costa de Cathay, todo lo cual era cierto en términos generales, mas no en la forma, ni en la posición, ni en las distancias, ni en su extensión.

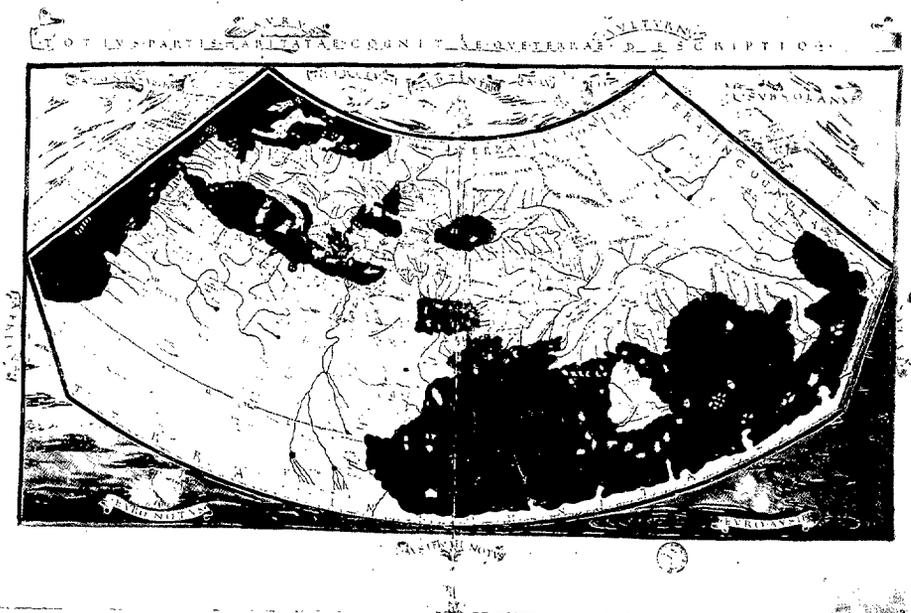
Pero si en el aspecto cualitativo se puede aceptar cierta comunión de ideas entre los cosmógrafos sobre la geografía del este de Asia, el acuerdo no existía en sus argumentos cuantitativos. En contraposición con las hipótesis de Colón, los cosmógrafos portugueses y españoles de las juntas que estudiaron su proyecto de viaje para alcanzar Asia navegando el Océano rumbo a Poniente, tenían ideas más próximas a la realidad de la dimensión del Planeta y la distancia marítima a la India, y apoyados en el saber científico de la época lo desestimaron. También discreparon con Colón respecto de la configuración del mundo otros intelectuales españoles, como el humanista y gramático Elio Antonio de Nebrija, quien, aun creyendo que era más pequeño de lo que es en la realidad, afirmaba en su *In Cosmographiae libros Introcturum*, que la superficie de la Tierra estaba cubierta por el agua del Océano en la mayor de sus partes, justamente lo contrario de lo que opinaba el Almirante.

La cartografía de los tres primeros viajes colombinos

El largo proceso que llevó a la identificación de América como un nuevo continente tuvo su fundamento geográfico en los conocimientos de la geografía del este de Asia y los adquiridos a partir del 12 de octubre de 1492. En el primer viaje en busca de la ruta marítima a la India, Colón exploró la isla Haití —La Española— y creyó haber llegado a Cipango, la gran y rica isla ubicada frente a la costa de Asia. La distancia navegada desde las islas Canarias hasta la isla de Guanahani —unas 1.100 leguas—, algo mayor que las 750, deducida en los cálculos de su proyecto de viaje, parecía confirmarlo, ya que durante el bojeo de la costa norte de La Española en dirección Este se desandaron las leguas que excedían esta última distancia. Y en el segundo viaje encontró nuevas islas, más o menos a esa misma distancia, confirmando su apreciación sobre la extensión del Océano.

Antes de identificar a la isla de Haití con Cipango, Colón bojeó la costa norte de Cuba —bautizada Juana—, considerándola una isla; pero cuando tuvo noticia de la región de Cibao le germinó en la mente la idea de que Haití era Cipango, Cuba tenía que ser una península de Asia. Y no le cupo duda de que lo era cuando en 1494 reconoció un largo tramo de la costa sur cubana —

con Juan de la Cosa, como su maestro, de hacer cartas—, sin encontrar su término, pues, en su opinión, no había isla en el mundo que tuviera un litoral tan extenso. No consideró válida la figura en forma de isla que le mostraron unos caciques indios (5), ni ponderó las opiniones de hombres doctos en Cosmografía —como el abad de Luxerna—, que juzgaban que así era, en efecto. Afirmado en su certeza, Juana era una península de Cathay; la península que aparecía en los mapas de la época, y la hizo aceptar como tal a los pilotos y marineros que con él bojearon la costa sur cubana en un acta coactivamente firmada por todos ellos.



Mapamundi de Claudio Ptolomeo, c. 142.

Cuando las noticias de los descubrimientos de Colón se extendieron por Europa, se aceptó, en general, que había alcanzado la tierra firme de Asia. Y la hipótesis colombina se hizo evidente cuando Juan Caboto reconoció en 1497 un largo tramo de costa situado 400 leguas al oeste de Irlanda, y a su regreso a Inglaterra anunció que había alcanzado las tierras del Gran Khan.

En julio de 1498, en su tercer viaje, Colón creyó haber hallado una isla grandísima al sudoeste de las Antillas, surcada por un río caudaloso —el Orinoco—, cuya existencia alteraba las viejas ideas sobre la geografía asiática al sur de Cipango. El encuentro de aquel *otro mundo* —como él lo calificó (6)—

(5) *Manuscrito del Libro Copiador de Cristóbal Colón*, transcrito por Antonio Ruméu de Armas, tomo II, pág. 492.

(6) *Historia del viaje que el Almirante D. Cristóbal Colón hizo la tercera vez (...)*, Martín Fernández de Navarrete, «Colección de los viajes y descubrimientos», tomo I, pág. 386, Buenos Aires, 1945.

causó gran sensación en España y Portugal, aunque hubo hombres discrepantes con esta apreciación de Colón, entre ellos el médico Francisco Núñez de la Yerba, quien en un tratado de *Geografía*, de Pomponio Mela editado precisamente en 1498, incluso prescindió de los viajes ultramarinos realizados por el Almirante del Mar Océano.

Todos estos descubrimientos fueron acompañados de los levantamientos de las correspondientes cartas de marear. Puede decirse, por tanto, que el conocimiento de la geografía de América es paralelo a la labor cartográfica de sus descubridores, en la que fue pionero Cristóbal Colón. El leve trazo de la costa norte de la isla Española que se le atribuye —supuestamente de 1492 (7)— es un pobre ejemplo que no merece mayores consideraciones sobre la destreza de Colón como cartógrafo. Pero la falta de ejemplares de cartas de marear por él elaboradas no impide que hoy se tenga un juicio objetivo de su labor cartográfica, confirmada en no pocos documentos y testimonios orales.

En el prólogo del *Diario* de su primer viaje escribió: *Tengo propósitos de hazer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar e tierras del mar océano en sus propios lugares, debaxo de su viento, y más componer un libro y poner todo por el semejante por pintura, por latitud del equinocial y longitud del Occidente*. La alusión a una carta nueva suponía otra anterior, la que tenía pintadas el Almirante ciertas islas por aquella mar y que pidió le fuera devuelta por medio de alguna cuerda a Martín Alonso Pinzón el 25 de septiembre, para *cartear en ella con su piloto y marineros*; lo que representaba el modelo de la geografía oceánica concebido por Colón para planificar su viaje a la India.

En las Probanzas de los *Pleitos de Colón* hay numerosas citas que le acreditan como un prolífico autor de cartas (8), pero también las hay de que tenía a su disposición hombres expertos que se las trabajaban. En relación con el segundo viaje, Pedro Salcedo, criado del Almirante, declaró que *dio un mapa mundi e una esfera quel Almirante tenía e otras cartas de marear a un Juan Vyzcaíno para las trasladar* (9); y su camarero, Pedro Arroyal, *vio como el dicho almyrante mostrando al dicho Juan de la Cosa las cartas de marear que fazia, e Juan de la Cosa las dibuxaba* (10). De esta contribución de Juan de la Cosa en el trazado de las cartas de marear que le confiaba Colón; si infiera éste, se limitaba a trazar croquis de la geografía observada y Juan de la Cosa, el hombre dotado para el arte y la técnica cartográfica, los convertía en cartas de marear acabadas.

De este segundo viaje hay una prueba notable escrita en enero de 1494 de puño y letra del mismo Almirante, en la que se refiere a una carta de marear que contenía todos los descubrimientos realizados hasta entonces y explicaba

(7) Conservada en el Archivo de los duques de Alba en Madrid.

(8) CoDoIn Ultramar, tomo 7, *Pleitos de Colón*, I, págs. 107, 118, 120, 158, 159, 178, 183, 186, 188, 335, 354; II, págs. 74, 84, 86.

(9) *Ibidem*, tomo 7, pág. 111.

(10) *Ibidem*, tomo 7, pág. 149.

cómo estaba construida. Escribió Colón: *Todas estas islas que agora se han fallado envio por pintura, con las otras del año pasado, y todas en una carta que yo compuse bien con harto trabajo (...)* (11). Los haces de paralelos y meridianos, que según Colón estaban trazados en ella, la dividían en cuadrados de un grado de lado, formando un entramado que permitía representar la geografía en una escala adecuada para visualizarla en su conjunto y apreciar los detalles con suficiente aproximación. Esta carta comprendía la parte occidental de España y África, las islas descubiertas en el primero y segundo viajes, los espacios marítimos que mediaban entre unas y otras tierras y una Cuba en forma de península como parte de la tierra firme asiática, conforme con la idea de que pertenecía a Cathay, es decir a China. No aparecía representada en ella el perfil real de la costa sur de Cuba, ni incluía la isla de Jamaica, ni las costas Meridional y de Levante de La Española, reconocidas en el viaje de regreso de Cuba a la ciudad de Isabela, después de escribir a los monarcas, porque Colón escribió la carta a los Reyes, en enero de 1494, la carta antes de emprender el viaje, con Juan de la Cosa, en el que reconoció todos estos lugares.

Aparte de su valor testimonial, esta carta es notable por otras razones. Si era Juan de la Cosa quien elaboraba las cartas de marear del Almirante como afirman los testimonios de Salcedo e Ibarra, y Colón dice que la compuso *con harto trabajo* y que *interrumpió su «Diario» desde el 11 de diciembre hasta el 12 de marzo de 1494* (12) por hallarse enfermo, es difícil que pudiera trazar esta carta si era incapaz de escribir. En todo caso pudo dirigir el trabajo de su maestro de hacer cartas. Por otra parte, la técnica de trazado de la carta explicada por Colón no es la que corresponde a una carta arrumbada de las que se utilizaban para la navegación, sino a una carta plana cuadrada del mismo tipo que la que debió elaborar Toscanelli. Así lo indica la similitud de redacción de un párrafo en el que Colón describía el entramado de paralelos y meridiano: *las rraia que ban en largo amuestran la ystançia de oriente a occidente, las otras quesran de través amuestran la ystançia de setentríon en ahustro* (13), con el que Toscanelli empleó en la misiva que escribió al canónigo portugués Fenando Martins cuando le envió su célebre mapa: *las líneas rectas marcadas a lo largo de la carta señalan las distancias de Oriente a Occidente, mientras que las transversales indican los espacios de Mediodía a Septentríó* (14). Colón conocía el mapa de Toscanelli y su descripción y los cotejó para componer el mapamundi, en el que fundamentó el proyecto de su primer viaje, aunque no tuviera en consideración las distancias geográficas utilizadas por el físico flo-

(11) *Manuscrito del Libro Copiador de Cristóbal Colón*, págs. 451-542, transcrito por Antonio Ruméu de Armas, Ed. Testimonio, Madrid, 1989.

(12) Hernando Colón, *Historia del Almirante*, cap. LI.

(13) *Manuscrito del Libro Copiador*, pág. 451.

(14) Copia de la carta supuestamente dirigida a Colón, acompañada con un mapa, transcrita por Juan Gil y Consuelo Varela, en *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Alianza Universidad, Madrid, 1984.

rentino, pero en esta ocasión utilizó el mismo método representativo que éste para componer la carta a la que nos estamos refiriendo.

Respecto al tercer viaje —el de 1498—, Bernardo de Ibarra (15) manifestó, en una de las Probanzas de los «Pleitos de Colón», que el Almirante dibujó y envió a los Reyes *una carta de marear con los runbos e vientos por donde había llegado a Paria* de la que se hicieron copias, *e por ellas avían venydo Pero Alonso Nyño e Hojeda e otros que después an ydo aquellas partes*. Hojeda confirma lo dicho por Ibarra cuando a su vez testifica en las Probanzas (16). Dadas las circunstancias de premura en las que Colón trazó esta carta para dar pronta cuenta de su descubrimiento a los reyes, debió tratarse de un bosquejo —posiblemente rico en toponimia a tenor de los numerosos nombres que citaba en su relato a los reyes—, de suma importancia, dado que presentaba gráficamente por primera vez una porción de la tierra firme meridional de las Indias occidentales, aunque él pensara que se trataba de una isla grandísima surcada por un caudaloso río, el Orinoco.

Los viajes de descubrimiento y rescate

La necesidad de averiguar cuanto antes el alcance del hallazgo por parte de Colón de nuevas tierras occidentales, tanto como la poco acertada gestión administrativa realizada por éste y su hermano Bartolomé en la isla La Española, decidieron a los Reyes Católicos a suprimir el monopolio de las exploraciones marítimas que disfrutaba hasta entonces y a liberalizar la participación en los viajes de descubrimiento en favor de otros navegantes castellanos, de probada experiencia. La serie de viajes llamados de *descubrimiento y rescate*, organizados en Sevilla entre 1499 y 1502, que acabaron con el cuarto y último de los periplos del Almirante, revelaron la geografía marítima —que se creía asiática—, comprendida entre el golfo de Honduras y un lugar alcanzado por Vélez de Mendoza muy al sur del cabo de San Agustín, cuya latitud se desconoce con exactitud. En ese mismo período los nautas portugueses descubrieron Terranova y reconocieron la costa brasileña avistada por Alvares Cabral hacia los 16° de latitud Sur, bojeada en 1501 por Coelho y Américo Vespucio hasta los 32°.

El obispo Juan Rodríguez de Fonseca, delegado del rey para los asuntos indianos, fue el organizador de los viajes de descubrimiento españoles a la vista del relato y carta de marear, enviados por Colón cuando llegó a la isla La Española al término del viaje de 1498. Dos primeras expediciones, a cargo una de Alonso de Hojeda con Juan de la Cosa y Vespucio, y la otra al de Cristóbal Guerra y Pero Alonso Niño, zarparon con la misión de reconocer la tierra descubierta por Colón desde Paria en dirección a Poniente. Dos expediciones más, las de Vicente Yáñez Pinzón y Diego de Lepe, hicieron lo propio rebasando la línea equinoccial, tratando de contornear por el Sur la gran isla

(15) CoDoIn Ultramar, tomo 7, *Pleitos de Colón*, I, pág. 140.

(16) *Ibidem*, pág. 204.

anunciada por Colón, geográficamente considerada como la gran península situada en el sudeste de Asia.

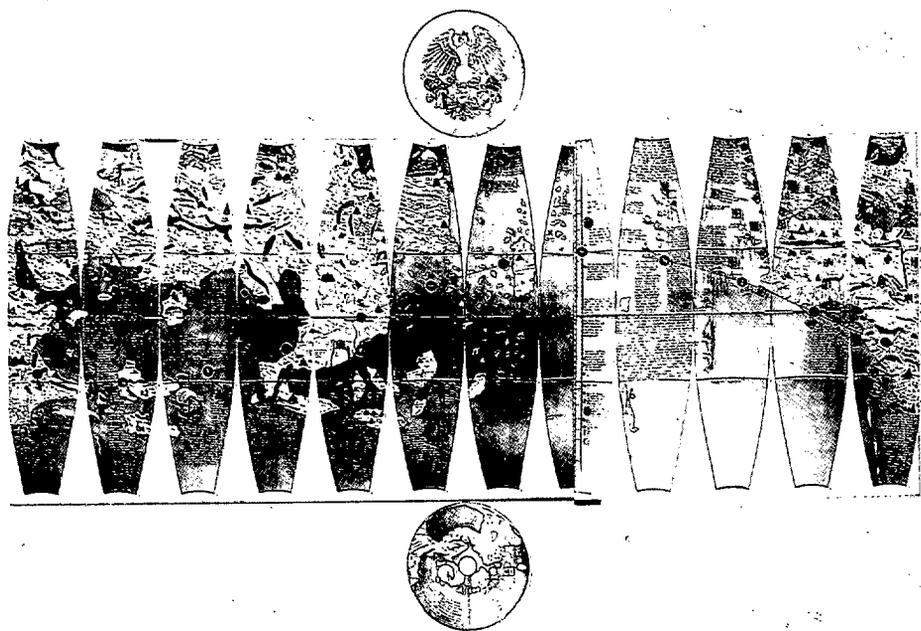
Hojeda y Juan de la Cosa recorrieron primero la costa en dirección al Mediodía hasta los 4° ó 5° de latitud Sur, e invirtieron el rumbo para llegar a la tierra de Paria y reconocer seguidamente un largo tramo de costa hasta más allá del cabo de la Vela, en la península de Coquibacoa, hoy Guajira. La aportación de nuevos conocimientos geográficos por parte de Niño y Guerra fue prácticamente nula, no así la de los rescates de perlas que lograron. Por su parte, Pinzón bojeó la costa desde los ocho grados de latitud Sur hasta Paria y Lepe reconoció la misma costa recorrida por Pinzón, pero a partir de una latitud más meridional que aquél.

Después de estos dos pares de viajes paralelos, otras tres expediciones profundizaron en las mismas direcciones que los anteriores: la ya citada de Alonso Vélez de Mendoza al sur de las costas reconocidas por Pinzón y Lepe hasta alcanzar un lugar, posiblemente más allá de los 16° de latitud; la de Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa, que recorrió de nuevo la costa de Paria y Coquibacoa y alcanzó Darién y el golfo de Urabá hasta el puerto del Retrete, situado al sur de Punta Mosquitos, hasta los 8° de latitud Norte; y el cuarto y último viaje del Almirante, en el que buscó un estrecho de acceso al Índico —conforme a las instrucciones del rey—, que le llevó a bojear la costa mesoamericana desde la isla Guanaja, en la actual Honduras, y los litorales de Nicaragua, Costa Rica y Panamá —o sea, Veragua— hasta el pequeño golfo del Retrete. Colón no encontró el acceso marítimo buscado, pero su exploración sirvió para confirmar la continuidad de las costas indianas descubiertas en todos los viajes anteriores, aproximadamente desde los 32° de latitud Sur hasta los 16° de latitud Norte.

De todos estos viajes hay abundantes testimonios de que los pilotos que tomaron parte en ellos trazaron sendas cartas de marear, de las que haremos referencia más adelante, cuando dediquemos nuestra atención al origen y al trazado de la carta de Juan de la Cosa.

El origen de la carta de Juan de la Cosa

Aparte de los éxitos y fracasos de los capitanes y asentistas en la adquisición de rescates —que de todo hubo— en los viajes de descubrimiento, los conocimientos geográficos adquiridos, en el curso de los dieciséis meses que mediaron entre la salida del primero de ellos, el de Hojeda, y el regreso del de Pinzón, mostraron un panorama de las costas del sudeste de Asia distinto del que antes se tenía. En ninguna de estas expediciones se encontró el término de las costas exploradas, de modo que la isla grandísima, que anunció a los reyes haber descubierto Colón en 1498, rebasaba con mucho la extensión de las islas de aquellos confines de Asia. Tanto era así que Hojeda, Juan de la Cosa y Vesputio pensaron durante su viaje —1499 y 1500— que las costas que bojeaban formaban parte de la gran península del sudeste asiático, lo que hizo pensar a Vesputio en dar vuelta al cabo *que Tolomeo llama el Cabo Cat-*



Desarrollo del globo de Martin Behaim, 1487-1492.

tegara (17), situado en el Sinus Magnus, para acceder por Occidente al mar Índico.

En la corte española se supo que Cabral había encontrado tierra al sur de la descubierta por Vicente Yáñez Pinzón y se tenían noticias de la presencia de naves portuguesas e inglesas frente a las costas de las tierras indianas, y era de temer el establecimiento de enclaves extranjeros en lugares de pertenencia castellana, conforme al tratado de Tordesillas. Tal situación creaba incertidumbres que podían complicar la política que debería adoptarse en las Indias para impedir posibles intrusiones extranjeras. Era también necesario adoptar las líneas de acción más adecuadas para seguir con las exploraciones hasta encontrar a Poniente del Océano un paso marítimo a la India, distinto del que ya disfrutaba la corona de Portugal por la vía del cabo de Buena Esperanza. Todo esto requería considerar en su conjunto los conocimientos geográficos adquiridos a partir de 1492 por los navegantes castellanos y extranjeros — Caboto, Vasco de Gama y Cabral— y visualizarlos en una imagen del mundo mediante una carta general actualizada y nadie era más indicado para elaborarla que Juan de la Cosa, piloto y cartógrafo, que últimamente había reco-

(17) Carta del 18 de julio de 1500 a Lorenzo di Pier Francesco de Medici, transcrita por Roberto Levillier, en *El Nuevo Mundo*, pág. 99.

rrido —en el viaje con Hojeda— 600 ó 700 leguas de costas al sur y al oeste de las que descubriera Colón y había demostrado además su destreza en el arte de hacer cartas de marear en los dos primeros viajes que el Almirante hizo a las Indias.

Para Juan Rodríguez de Fonseca, motor y organizador de las expediciones que en rápida secuencia se despacharon a Ultramar a partir de 1499, Juan de la Cosa y el piloto Andrés de Morales *estaban no menos familiarizados con aquellas regiones que con las habitaciones de su casa, y reputados por más entendidos que los demás en Cosmografía naval* (18). El alto concepto que Fonseca tenía de ambos le movió a encargar al primero la carta en cuestión y al último la elaboración de otra importante carta (19): la de las costas descubiertas por Lepe y Pinzón, que iba a servir de guía para el siguiente viaje de Lepe, conforme con la capitulación del 14 de septiembre de 1501, que no realizó el capitán y piloto lepeño, quizá por adelantársele en ese mismo año Américo Vespucio en la expedición que se llevó a cabo en ese mismo año por cuenta del rey de Portugal.

Que la carta mapamundi de Juan de la Cosa tuvo su origen en un mandato de esta naturaleza, se evidencia a la vista de sus características más aparentes. Sus dimensiones —183 × 96 cm—, muy superiores a las normales de las cartas de marear, la amplitud de su contenido geográfico y los complementos ornamentales indican que su autor, hombre de acción, maestro y piloto de profesión, dedicado por entero a su oficio náutico, antes, durante y después de haber construido la carta, no pudo determinarse a realizar tan ímproba tarea por mera curiosidad ni para satisfacer su propio gusto artístico. Una carta mapamundi como la que él confeccionó en el año 1500 —equiparable a la de Abraham Cresques de 1375—, que presenta la geografía conocida del mundo con todos los descubrimientos geográficos más recientes en la fecha de su elaboración, orlada con rosas de vientos, estampas de santos y de la Virgen María y multitud de figuras humanas simbolizando potestad real, que muestra un contenido geográfico muy superior al que representan las Indias occidentales, no es una simple carta de marear, sino una obra de trazado laborioso, destinada a informar ampliamente sobre la geografía del mundo. Así lo reclamaba la necesidad sentida por los Reyes Católicos de saber la ubicación de los últimos descubrimientos en circunstancias de política internacional muy específicas.

En base al concepto geográfico del mundo conocido, vigente a finales del siglo xv, a los conocimientos adquiridos por él mismo en los años que navegó al servicio de Colón y los que obtuvo en el viaje con Hojeda, Juan de la Cosa compuso su carta agregando los descubrimientos de Juan Caboto en su viaje a las costas trasatlánticas al oeste de Irlanda, los de Vicente Yáñez Pinzón —1499-1500— y Diego de Lepe —1500—, el hallazgo de tierras de Pedro

(18) Pedro Mártir de Anglería, *Década Segunda*, libro X, cap. I, pág. 190.

(19) Testimonio del mismo Andrés de Morales, en las Probanzas del Fiscal tramitadas el 7 de diciembre en Santo Domingo. (CoDoIn Ultramar, tomo 7, *Pleitos de Colón*, I, pág. 202.

Alvares Cabral al sur de las que antes que él reconoció Pinzón, y las noticias obtenidas de los pilotos de la flota de Vasco de Gama en el primer viaje portugués a la India —1497-1499—. Con todas estas fuentes de información, es decir las que ilustraban el saber cosmográfico heredado de la Antigüedad, y las más recientes, Juan de la Cosa compuso la más completa y actual imagen geográfica del mundo conocida al filo de los siglos xv y xvi (20).

Es difícil precisar cuándo se le encargó a Juan de la Cosa la elaboración de la carta. El secreto que requerían su trazado y manejo ulterior por un muy limitado número de personas, eliminó en su origen toda referencia posterior a tan trascendental documento. Pero si consideramos los hechos consecuentes con las expediciones marítimas que se iniciaron en 1499 y en 1500 tendremos una idea muy aproximada de la fecha en la que Juan de la Cosa inició la elaboración de la carta y de las vicisitudes surgidas durante su tarea.

Unos meses después del regreso de Cristóbal Guerra y Pero Alonso Niño, a mediados de febrero de 1500, se concedió asiento a Rodrigo de Bastidas —5 de junio (21)— para descubrir y rescatar con dos navíos en las Indias, excluidas las islas y tierras halladas por Colón y Cristóbal Guerra, de las que ya tenían conocimiento el rey y Rodríguez de Fonseca. No se hacía mención a los descubrimientos de Hojeda, de Pinzón y de Lepe, porque no se tenía noticias de ellos, dado que aún no habían regresado de sus viajes respectivos. La misma restricción se impuso en la capitulación del comendador Alonso Vélez de Mendoza concedida en la misma fecha (22) para organizar otra expedición a las Indias con cuatro bajeles.

Cuando a mediados del mismo mes de junio llegaron a Sevilla Hojeda y Juan de la Cosa, según se deduce de lo que escribió Américo Vespucio —*hace un mes aproximadamente que vine de las regiones de la India* (23)—, una comparecencia del 20 de julio modificó la capitulación concedida a Vélez de Mendoza, prohibiéndole la ida a las tierras e islas descubiertas por aquéllos (24); y el 18 de agosto —justo antes de emprender su viaje—, aún se le restringió más el campo de acción al comendador en una adición a dicha comparecencia, prohibiéndole que fuera a Coquibacoa —descubierta y reconocida por Hojeda y Juan de la Cosa—. En la adición se le obliga a *que mostreis las cartas de marear que llevaredes e que no lleveis figura, sino la que vos dieren, que se le señalará la derrota por ellas* (25). Esa derrota, conforme a lo que se sabe del

(20) El 27 de abril Alvares Cabral destacó un navío a Lisboa para anunciar al rey Manuel su descubrimiento (Joaquín Bensaude, *L'Astronomie Nautique au Portugal a l'époque des grandes découvertes*, pág. 283), y aunque éste anunció el hecho a los reyes de España en agosto de 1501, después de la partida de Vélez de Mendoza, el rey Fernando tenía ya conocimiento del hecho por medio de sus agentes en Lisboa.

(21) CoDoIn América, tomo II, págs. 362-366.

(22) Archivo General de Simancas, Cámara de Castilla, libro de Cédulas, IV, folios 103-104.

(23) Carta del 18 de julio de 1500 a Lorenzo di Pier Francesco de Medici (transcrita por Roberto Levillier, *El Nuevo Mundo*, pág. 95).

(24) CoDoIn América, tomo XXXVIII, págs. 441-450.

(25) *Ibidem*.

viaje de Vélez de Mendoza, apuntaba a las costas brasileñas del sur de la línea equinoccial, a donde antes se dirigieron Lepe y Pinzón, quienes regresaron a Sevilla en la segunda quincena de agosto y a finales de septiembre de 1500, después de haber partido el comendador.

En cambio, a Bastidas no se le puso ninguna restricción, de lo que se deduce que entre mediados de junio y el 20 de julio éste y Juan de la Cosa se habían comprometido para hacer el viaje juntos a Coquibacoa, con la anuencia de Juan Rodríguez de Fonseca —y del rey—. La prohibición a Vélez de Mendoza de dirigirse a Coquibacoa indicaba a las claras que la exploración de aquella costa estaba reservada para Bastidas y Juan de la Cosa. Y así lo confirma el que éstos emprendieran su viaje en la segunda quincena de octubre de 1501, después de que la publicación de la Real Provisión de 3 de septiembre del mismo año vedara terminantemente a *súbditos y extraños* ir *á descubrir al dicho Océano, ni a las islas é tierra-firme que en él hasta agora son descubiertas é se descubrieren de aquí adelante* (26). Evidentemente, esta restricción general y las impuestas a Vélez de Mendoza obedecían a la coordinación de los planes previstos para futuros viajes de descubrimiento.

Las misiones asignadas a Vélez de Mendoza y Bastidas y Juan de la Cosa eran lógicas como las que dos años antes se ordenaron para explorar la tierra descubierta por Colón en dos direcciones distintas. Este reparto de misiones era también aconsejable porque Juan de la Cosa conocía la región de Coquibacoa después de su reciente viaje con Hojeda, de la cual había trazado una carta de marear con *las figuras por el altura é por punto llano* (27), es decir, con latitudes, rumbos y distancias, que por sí misma explicitaba la necesidad de investigar el golfo que se abría al oeste del cabo de la Vela. Pero al rey y Fonseca no bastaba la información contenida en esta carta de marear de Juan de la Cosa. Era menester reunir toda la información geográfica más amplia que incluyera la acopiada en los últimos viajes en una única carta para comprender el enigma geográfico de las costas asiáticas descubiertas.

De la anterior secuencia de fechas y hechos citados se desprende que Juan de la Cosa debió iniciar el trazado de su carta antes del 20 de julio de 1500, cuando se prohibió a Vélez de Mendoza dirigirse a Coquibacoa. Pero una circunstancia imprevista obligó a ampliar el plan de exploraciones y con él el contenido geográfico de la carta.

Después de la llegada de Cristóbal Colón a Cádiz a finales de noviembre de 1500 —tras haber sido destituido por Bobadilla de su gobernación de La Española—, en su primera entrevista con los reyes se mostró dispuesto a reanudar sus viajes de descubrimiento (28), pues *tenía propósito de gastar la vida*

(26) Transcrita por Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos*, tomo II, doc. CXXXIX, pág. 258.

(27) Testimonio de Pedro Ledesma, en la Probanza del fiscal, hecha en Santo Domingo el 7 de diciembre de 1512 (CoDoIn Ultramar, tomo 7, pág. 262).

(28) Según Bartolomé de Las Casas, en la *Historia de las Indias* (libro I, cap. CLXXXI, pág. 191), Cristóbal Colón y sus hermanos —apresados por orden de Bobadilla— llegaron a Cádiz entre el 20 y el 25 de noviembre de 1500.

que le quedaba en descubrir, por su servicio, muchas tierras más de las que había descubierto, [y que creía hallar estrecho de mar en el paraje del puerto del Retrete, que agora es el Nombre de Dios], por las cuales, sobre todos los reinos del mundo, fuesen los más esclarecidos y ricos los de España (29).

Las Casas —a quien debemos esta referencia— cita el puerto del Retrete y Nombre de Dios, aún no descubiertos ni bautizados, porque escribió su *Historia de las Indias* muchos años después y no se sabe con exactitud cuál fue la información geográfica que Colón mostró a los Reyes para indicarles dónde esperaba encontrar el estrecho; pero en todo caso, la región de las Indias, a la que se dirigió a buscarlo, demuestra que estaba convencido de que lo encontraría a Poniente de la tierra por él descubierta en 1498, que creyó que era una gran isla; y pensó entonces enviar al *Adelantado* —su hermano Bartolomé— *con tres navíos bien ataviados para ello á ver más adelante, y descubrirán todo lo que pudieren hacia aquellas partes* (30). Una idea que no pudo poner en práctica porque los desafortunados sucesos políticos de La Española torcieron su intención. Sin embargo, vicisitudes posteriores hicieron que fuera él mismo quien comandara un nuevo viaje con objeto de reeconocer costas en aquella región, pero mucho más alejadas en dirección al Oeste de lo que pensara antaño, con el fin más definido de buscar una vía marítima de paso a los mares de la India.

Colón manifestó su propósito descubridor a los monarcas en la primera audiencia que le concedieron en Granada (31), en diciembre de 1500. De primera intención *Los reyes se lo agradecieron y comenzaron a tratar dello y exhortalle que lo pusiese en obra* (32), pero no se precipitaron en asignar una nueva misión exploratoria a su Almirante del Mar Océano sin estar debidamente informados del dónde y cómo pensaba cumplirla, pues el 9 de junio de 1501 todavía ignoraba Colón cuándo iba a emprender un nuevo viaje. Un tanto decepcionado escribió en esa fecha una carta a su amigo fray Gaspar Gorricio, en la que entre otras cuestiones le decía que *en las cosas de Indias se intende mas non hay fasta oy ninguna determinación* (33).

La demora en adoptar una resolución la imponían, tanto a la espera a la llegada de Vélez de Mendoza de su viaje, que tuvo lugar a finales del mes de junio de 1501, como la tramitación de la capitulación con Lepe y la previsión de la partida de Bastidas y Juan de la Cosa para investigar la costa a poniente de Coquibacoa. En estas circunstancias, la propuesta de Colón de descubrir nuevas y ricas tierras y una vía marítima de paso a la India planteaba problemas políticos y de coordinación que se debían tener en cuenta. Era preciso reconsiderar la situación, máxime si Fernando el Católico consideraba la posibilidad de tomar posesión de las nuevas tierras que se iban a descubrir. En

(29) Bartolomé de Las Casas, *op. cit.*, libro II, cap. IV, pág. 217.

(30) *Historia del tercer viaje*, Fernández de Navarrete, *op. cit.*, págs. 386-387.

(31) El 17 de diciembre, Hernando Colón, *Historia del Almirante*, cap. LXXXII; Bartolomé de Las Casas, *op. cit.*, libro I, caps. CLXXXI y CLXXXII.

(32) Bartolomé de Las Casas, *op. cit.*, libro II, cap. IV, pág. 217.

(33) Duquesa de Berwick, *Nuevos autógrafos*, pág. 16.

consecuencia, el *Alto Viaje*, según lo denominó Colón, acompañado de su hermano Bartolomé y su hijo Hernando, fue contemplado por la corona, dentro del plan de expediciones iniciado en 1499, en conjunción con las que de momento estaban previstas. Como Vélez de Mendoza, Colón tenía fijado el lugar donde había de explorar para cumplir su cometido en coordinación con la exploración encomendada antes a Bastidas y a Juan de la Cosa, que debería partir antes. La resolución de los Reyes se notificó a Colón en el mes de octubre cuando en Granada se le entregaron a las reales provisiones que le autorizaban a dirigirse a Sevilla y Cádiz para organizar su expedición (34).

La participación de Colón en el plan de exploraciones influyó en el trazado de la carta de Juan de la Cosa. Y por ella sabemos que el lugar donde debería buscar el estrecho de acceso al mar Índico estaba al sudoeste de Cuba. Dos detalles pictóricos destacados en la carta le confieren el sentido operativo derivado de la oportunidad de su elaboración: la viñeta con la imagen de San Cristóbal interpuesta entre las masas terrestres asiáticas del Norte y del Sur y la llamativa representación gráfica de la isla de Taprobana, pintada en un color verde intenso, en medio de un enjambre de islas convencionales, situada 120° al este de las islas Canarias y sobre la línea equinoccial, al sur la India. Esta isla, cuya riqueza poderaba numerosos y viejos relatos, atraía de antiguo la atención de Cristóbal Colón, según se deduce de las acotaciones hechas por el Almirante en los dos capítulos de la *Historia Natural* de Plinio, que se refieren a la isla (35).

La estampa de San Cristóbal caminando sobre las aguas, más que una mera alegoría a las tareas en que se empeñaba el Almirante, señala precisamente la región geográfica donde tenía que buscar el paso al Índico, mar en el que Marco Polo navegó desde Cathay a la India por Poniente de Cipango. Si la imagen cristobalina señala el sitio por donde debería Colón buscar el acceso al Índico, el objetivo principal de la expedición no era otro que el marcado por la isla de Taprobana, lugar donde el oro, la plata y las piedras preciosas se encontraban en su mismo origen, donde Cristóbal Colón tenía que ir. Así se le ordenaba en la *Instrucción* para el viaje: *Habeis de ir vuestro viaje derecho, si el tiempo no feciere contraio, á descubrir las Islas é Tierra firme que son en las Indias en la parte que cabe a Nos (...) y habeis de tomar posesión por Nos é en nuestro nombre de las dichas islas é Tierra firme (...) Habeis de ver en esas Islas y Tierra firme que descubrieredes, qué oro é plata é perlas é piedras é especieria é otras cosas hobiere, é en que cantidad é como es el nascimiento de ellas* (36).

Las posiciones de la figura de San Cristóbal y la isla de Taprobana dan sentido a la universalidad de la carta, toda vez que Colón tenía que alcanzar los mares del sudeste de Asia en la dirección señalada por estos dos indicadores. Debería buscar el acceso marítimo al Índico, encontrar dónde se daban las

(34) Bartolomé de Las Casas, op. cit., libro II, cap. IV, pág. 219.

(35) Juan Gil, en *Mitos y utopías del descubrimiento I*, dedica un epígrafe entero a esta cuestión.

(36) Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes*, tomo I, pág. 279.

ansiadadas riquezas y establecer relación con el capitán de las naves del rey portugués, que habían ya alcanzado aquellos parajes por la ruta de Levante remontando el cabo de Buena Esperanza. En previsión de esta conjunción se le entregó una Real Cédula que debería mostrar al capitán lusitano, gobernador del territorio asiático incorporado a la corona del rey Manuel (37) —yerno de los Reyes Católicos—, al que previamente éstos le notificaron su decisión.

No hemos logrado averiguar cómo y cuándo supo Juan de la Cosa la misión confiada a Colón para plasmarla simbólicamente con la estampa de San Cristóbal y la llamativa pintura de la isla de Taprobana. Pero lo cierto es que al piloto santonés no le faltaba información de primera mano para conocer el propósito exploratorio del Almirante, bien por habérselo indicado Rodríguez de Fonseca, o porque *harto conocía é las ideas de Colón* después de haber estado a su servicio varios años como maestre, piloto y maestro de hacer cartas, y de haber sido el hombre de confianza, con quien no sólo conversó a menudo sobre las *muchas cosas de lo por descubrir* (38), sino que también había trabajado en *sus cartas de marear e que se las abía trasladado, por donde se había determinado de yr a descubrir* (39), convirtiéndose de este modo en confidente de sus futuros propósitos exploratorios.

Por otra parte, Juan de la Cosa había adquirido una amplia formación cosmográfica que le capacitaba para compendiar en una carta universal los conocimientos más avanzados de la geografía en su época e interpretar las intenciones de su maestro, después que descubriera la tierra de Paria en 1498. La preparación cosmográfica de Juan de la Cosa la confirmó el mismo Almirante, siquiera por vía de la queja. En contestación a la novena pregunta de la primera *Probanza del Almirante sobre lo del Darién*, el testigo Bernardo de Ibarra declaró que *el almyrante se quexaba de Juan de la Cosa diziendo que por que la avía traydo consigo a estas partes la primera vez e por hombre abile él le avía enseñado el arte del mar e que andava diziendo que sabía mas quel* (40).

Sus razones tendría Colón para sentirse agraviado por algún comentario de quien en tiempo atrás fue hombre de su confianza y le *dibuxaba (...) las cartas de marear que fazia* (41). Mas no debieron ser motivadas por un nimio tema relativo al *arte del mar*, que Juan de la Cosa *harto conocía* por su condición de maestre y piloto, sino más bien a causa de alguna cuestión de enjundia cosmográfica, controvertida por quien gozaba ahora de gran prestigio profesional y de la confianza de los reyes.

El agravio de Colón con Juan de la Cosa sólo pudo darse en circunstancias

(37) Bartolomé de Las Casas, op. cit., libro II, cap. IV, págs. 219-220.

(38) Testimonio de Lorenzo de Armada, en las Probanzas del 14 de septiembre de 1514, en Puerto Rico, CoDoIn Ultramar, tomo 7, *Pleitos de Colón*, I, pág. 404.

(39) Testimonio de Cristóbal Rodríguez, en las Probanzas del 15 de febrero de 1515, en Palos, CoDoIn Ultramar, tomo 8, *Pleitos de Colón*, II, pág. 108.

(40) Probanza del Almirante de 16 de junio de 1512, en Santo Domingo, CoDoIn Ultramar, tomo 7, *Pleitos de Colón*, I, pág. 140.

(41) Testimonio de Pedro Arroyal, camarero de Colón. Probanza del Almirante de 16 de junio de 1512, en Santo Domingo. CoDoIn Ultramar, tomo 7, *Pleitos de Colón*, I, pág. 149.

en las que ambos discrepan sobre una cuestión importante que no pudo plantearse en los años en que ambos navegaron juntos, porque los descubrimientos realizados en aquella época no crearon más desacuerdo que el de la insularidad de Cuba —en 1494—, y Juan de la Cosa no tuvo entonces inconveniente en aceptar el criterio del Almirante firmando el acta de Pérez de Luna. Colón manifestó su queja por motivos acaecidos después: bien en relación con los proyectos de exploración, que ambos pensaban llevar a cabo en la misma región de las Indias; por la existencia o no del estrecho que vaticinaba el Almirante, que Juan de la Cosa debió poner en duda, convencido como estaba de haber llegado a la tierra firme de Asia después de su viaje con Hojeda y Vespuccio; por desacuerdo de la equivalencia entre el grado y la milla; o por la posición geográfica de la línea equinoccial que Colón hacía pasar, erróneamente, sobre el lugar donde *el rey serenísimo de Portugal tiene allí una fortaleza* (42); es decir, sobre San Jorge de Mina —hoy Elmina—, mientras Juan de la Cosa la situaba, correctamente 5° más al Sur. La alegoría de la viñeta de San Cristóbal chapoteando en el agua, emarcada donde Colón pensaba buscar el estrecho, se interpreta así tanto en el sentido de indicar un objetivo geográfico que se había de alcanzar, como en la expresión de un propósito inútil.

Que Colón discrepó del concepto de la geografía de Asia que tenía Juan de la Cosa lo confirma la posesión de una carta de marear, propia para dirigir su viaje, de la que dio referencia Angelo Trevisano en agosto de 1501, que estuvo en relación con Colón, al referirse a una carta de marear que a éste le estaban elaborando en Palos, en la que figuraban *quanto paese é stato scoperto*, “*qui non ce n'è, salvo una de dicto Columbo*” (43).

En el mes de octubre, Colón partió de Granada para Sevilla con objeto de preparar el viaje, que inició el mes de mayo de 1502 después de haber partido de Sevilla Bastidas y Juan de la Cosa para explorar la costa a Occidente del cabo de la Vela, hasta rebasar el golfo de Urabá y llegar al puerto del Retrete, justo el lugar donde en la carta de Juan de la Cosa está al extremo sur de la estampa de San Cristóbal; el mismo paraje donde llegó Colón en el bojeo de la costa mesoamericana en dirección a Mediodía a partir de la isla Guanaja, situada junto a la costa norte de Honduras.

Las motivaciones geográficas, de coordinación y de realización que concurren en la circunstancia del trazado de la carta de Juan de la Cosa, aquí expuestas, no son coincidencias ni supuestos imaginarios, sino fundamentos afirmativos de que su elaboración tuvo su origen en un interés trascendente, inspirado en el propósito del rey de alcanzar unos fines políticos determinados en una situación muy concreta. Si no se tiene en cuenta esta finalidad superior y se pierde de vista el significado político y operativo de la carta, ésta no es más que un viejo documento curioso, inspirado en una iniciativa caprichosa o de interés ornamental, susceptible de ser sometido a críticas y supuestos injustificados ante los hechos que nos lega la Historia.

(42) Apostilla 234 del *Imago Mundi*, de Pierre d'Ailly.

(43) Carta de Angelo Trevisano a Dominico Maripietro del 21 de agosto de 1501, *Raccolta di documenti e studi*, Parte III, vol. I, pág. 47.